

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

TIPOS POPULARES

EL BOTELLERO



Wimplani II

La tarea es esta de aquellas que encanta tan sólo a quien tiene asentada muy bien su afición a las botellas.

AÑO III
Nº 142
Noviembre 15 de 1896

chuly

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag»—«Chispazos», por Lope Zamora—«Incoherencias de alto vuelo», por Oporto de Ricotorra—«La deducción», por Antonio Soler—«Mira qué bonita era...» por Manuel Paso—«Epigramas» por José María Solís y Montoro—«El café de D. Baldomero», por Luis Taboada—«Sports», por Zapicúa II—«Gracias», por Luis González de López—«La gracia ajena, en el pecado la penitencia por Gillo»
GRABADOS—Tipos populares, «El botellero», «A la marchanta», por Wimplaine II, y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.

Zig Zag

¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo!
Y no es para menos; que, á lo que parece, ha llegado la época de decir en serio la frase del poeta tétrico.

El hecho sensacional de la semana viene á demostrarlo así; una violación de tumbas en estos tiempos ya no se veía sino en las novelas de Richebourg, pero los señores ladrones que, probablemente, tienen veleidades novelescas, han querido que lo viéramos al natural.

Quizá la variación de teatro y sujetos se imponía; era demasiado común eso de que saliera un caballero de su casa decentemente vestido y volviera en paños menores, ostentando los hábiles remiendos del calzoncillo, muestra de los cuidados de una esposa amorosa, ó haciendo ver los puntos que calza en los calcetines.

Porque no parece sino que esta es la época de los ladrones. Pero tanto, que el hecho de irse á hacer fechorías en los dominios del mundo de los muertos denota que ya no cabían en el de los vivos.

—Y es natural, decía un señor, que no quieran los ladrones entenderse con los vivos, porque aquí es peligroso el arte con los que se pasan de vivos, mientras allá, tanto mejor si se pasan de muertos.

De todas maneras hay que confesar que es necesaria mucha afición al oficio para de cidirse á ejercitarlo en tan lúgubres condiciones.

—Pero, dirán ellos, la comodidad ante todo, y esta no se puede negar que la tendrán allí donde nadie puede oponerse á sus designios.

En tal lugar, ni el celador ha de sorprenderlos, ni el dueño ha de repelerles, ni ha de denunciarles el perro de la casa...

—En efecto; á nadie se le ha ocurrido enterrar á un muerto con el perro; decía meditando don Tributo López al oír esto; que á hacerlo no ocurrirían tales cosas.

—También la culpa la tienen las familias, que entierran á sus deudos con un dinerito sobre el cuerpo, añadía la esposa. Figúrate que dicen que los botones del uniforme del General Santos son de oro macizo! Pues lo que es tu cuando te mueras, llevarás la botonadura de hueso de tu levita de entre casa, y gracias.

—Hombre; contestaba don Tributo, eso no es difícil de hacer; como no tengo otra botonadura... que si tuviera una de oro, no estaría ya en nuestra casa, sino en la de empuños.

—Por eso, agregaba un cuñado que tiene una fábrica de guantes en el Cerro, y una cicatriz muy fea en la faz, por eso yo siempre vivo pobre aunque sea triste; pero bien pobre; es la mejor manera de no morir.

—¡Hombre! ¿no morirse?

—Sí, como no tiene uno «donde caerse muerto»...

El caso es que ya ni fallecido se puede estar tranquilo. Véase sino el caso del General Santos, dijo un amigo de don Tributo, viudo honesto pero velludo.

—Lo bueno es que, después de todo, no encontraron gran cosa que llevarse las manos de esas llenas, arguyó la esposa, queriendo decir castizamente hienas.

—¿Cómo? Pues si salieron llenas, me parece que...



—Y que á uno de los ladrones le encontraron las manijas del cajón en los bolsillos del sobretodo! exclamó el cuñado.

—¡Qué animal; por eso le han prendido!—gritó don Tributo.

—¿Por qué?

—Porque si llevaba las manijas en el bolsillo, ya tenía la autoridad de donde agarrarlo!

Quizá, quizá; el caso es que aprehendidos y todo los ladrones, el suceso ha producido alarma en la población.

—¿Con qué esas tenemos? decía ayer un esposo muy malo á su señora, comentándolo. Pues cuando yo me muera y me entierren, vas á ponerme en el cajón dos pistolas, ¡y ya se las van á ver crudas conmigo los ladrones que se acerquen!

Chispazos

Una joven, que no anda, de ortografía muy fuerte á su novio, desde el Cerro, que le escribirá promete todos los días *sin falta* y él ¡es claro! no la cree.

Es cosa que no me extraña que el empleado don Juan al nombrar á su mujer, una señora á quien dá por vestir siempre á la moda y en perifollos gastar, en vez de llamarla, *esposa*, la llame *cara mitad*.

LOPE ZAMORA.

Incoherencias de alto vuelo

(Este trabajo literario, homeopático, lírico, cómico, instrumental, fué leído por su autor en una velada diurna de sordomudos que, con motivo de la creación del Arzobispado, se celebró en una fundición de guantes de seda crema, que existe actualmente en la plaza principal del Cementerio del Buco, el 31 de Febrero del año que debe empezar el 1.º de Enero).

En la margen opuesta del inofensivo lago Titik y lindando por el lado de estribor con la cocina económica del «Hotel Bañero» del Barrio Reus del Norte, vive en la actualidad, en un rancho de

muy humilde vestimenta, una numerosa familia compuesta por una señora que escasamente contará muchos manguantes de luna llena, y dos apuestas y rollizas gemelas que aún no han cumplido la edad en que Aristóteles rindió su alma y su cuerpo al ingeniero—constructor de la naturaleza.

La señora de nombre Telemónica Batea de Trinitilla, es viuda de su esposo ya difunto, un heroico defensor de la nación Correntina, que murió de retortijones cardiacos sobrehumanos, en una escaramuza periodística que en una fábrica á vapor de anillos de piedra pómez, sostuvo con el jefe principal del Hipódromo de Regatas de Maroñas y cuatro guarda—trenes de la Usina del Gas, que velaban en los escaparates del Asilo de Expósitos, el cadáver yerto del sabio holandés que en vida se llamó Gastritis Chimichurria.

Las gemelas, que son fruto de las relaciones carnicívoras y foto—litográficas que doña Telemónica mantuvo con don Prefacio (así le llamaban al General) son actualmente oriundas de su país y de profesión labores de su sexo; una de ellas estudia la guitarra en el Conservatorio Municipal de Vacuna, y la otra almuerza camarones todos los domingos á causa, según ella, de una amarga decepción que sufrió en un saladero del Paso de los Toros.

En el barrio en que habitan, son odiadas hasta el extremo; el numeroso vecindario que circunda su casa, repetidas veces se ha presentado por medio de solicitudes á la Botica del Globo, pidiendo el desalojo; sus pedidos no han sido atendidos, fundándose las personas ante quienes han ocurrido en que las gemelas tienen un tío en las costas británicas, que temporalmente les envía por correo grandes cargamentos de algodón en polvo, caramelos largos y escobas de tres hilos, fabricadas con manteca cancerosa del departamento de Cerro—Largo.

Una de las mellizas de nombre Pánfila, es cotidianamente galanteada por un aprovechado practicante de gramática española, que en tiempos en que el general Aparicio fumaba cigarrillos «Los Guachitos», hizo volar el palacio de Gobierno de Punta Arenas, con una disolución de bicloruro de mercurio fosfatado. Doña Telemónica, temiendo que las relaciones amorosas de su hija, produzcan en día más ó menos lejano, un rompimiento internacional de claraboyas, ha dado cuenta al gerente del cuerpo de bomberos de que no puede concurrir los días feriados á Villa Colón, por carecer de medios de locomoción.

La autora de este conjunto armónico de dulcineas (como dice al verlas el celebrado poeta don J. Rosas) es carácter muy jovial, buena como viuda y sumamente cariñosa como madre, pero como todo sér humano tiene un marcado defecto físico, que á juicio de las relaciones que han tenido la dicha de no conocerla, es bastante intolerable; consiste éste en ser extremadamente aficionada al *bell canto*. Todos los días, ó lo que es lo mismo, diariamente, des-

pués de tomar el desayuno que generalmente consiste en una buena dosis de esencia de trementina en grano, abre las puertas y ventanillas del Consejo de Higiene y canta en latín el «Duo de los Paraguas» de Espronceda ó la «Soirée de Cachupín» del general Roca. Estas expansiones diurnas tienen tan molestados á los habitantes de la Sierra de los Tambores, que por iniciativa de uno de ellos, han resuelto presentarse á la Confeitería del Telégrafo, solicitando la declaración de quiebra de la Comisaría del Arroyo Seco; vez pasada, siguiendo doña Telemónica su inveterada costumbre, cantaba en sol mayor una marcha fúnebre de Chopin y al dar un dó de pecho, produjo tal conmoción en gran espacio á la redonda, que el general Maceo, cayó sobre el pavimento de un techo como fulminado por un cartucho de pastillas de menta. Desde entonces el Presidente de la Municipalidad ha ordenado á sus subalternos, que al cruzar por frente á la estatua del gran patricio Joaquín Suárez, se descubran y esclamen en voz baja: ¡¡Gran fenómeno de óptica!!

Nabuca, ó sea la que almuerza camarones todos los domingos, profundamente disgustada por la dedicación musical de su señora madre, ha resuelto de común acuerdo con el rey Menelik, establecer un puesto en la feria que todos los domingos se celebra en la ex plaza de armas, para la confección á domicilio de toda clase de discursos parlamentarios. Con el objeto de que los interesados se penetren de los grandes beneficios que les reportaría esta nueva industria, hará repartir profusamente, en la semana entrante, un prospecto concebido en estos términos...

Las naciones que reman paulatinamente cual gacelas hermafroditas de los mares polares, hacia el bien cotidiano de sus súbditos, han sido, son y serán cooperadores fieles del estanque preceptivo de las civilizaciones húngaras y humanas. El tiro que hoy dirijo á todos los que como yo luchan por el triunfo de las Diosas Poesía y Elocuencia, podrán convencerse acabadamente de que las verdades dichas desde un asiento alto de la República, priman sobre los intereses ruines de camarillas sanguinolentas; en apoyo de mi robusta tesis doy á conocer con las reservas del caso, una idea que me ha sugerido y que noches pasadas se le ocurrió á mi difunta cuñada.

Es la de hacer como hago, votos fervientes por que en compañía de vuestros sastres, suegras, cuñadas y muertos, paséis un feliz año 96....

OPORTO DE RICOTORRA.

La deducción

I

Un grupo de chiquillos canturrea con destemplada voz, el Padre Nuestro. Los de escritura copian poco á poco y en gruesa bastardilla y muy mal hechos, los nombres sustantivos, que, trazados, tienen todos delante, en un cuaderno.
—«Las *ees* no son así; hombre es con *eme*;
—dice á un rapaz don Marcos el maestro;— ni son así las curvas de las *jotas*...
Para escribir no inclines tanto el cuerpo; que te vas á manchar... No te lo dije? Quitate el delantal... ¡Limpio lo has puestol!
¿Pero qué diablos haces con la tinta? Hoy te quedas por sucio sin paseo, y en presencia de todos, doce veces me vas ahora á besar el santo suelo.
¿Lo has oído, muchacho? No hagas muecas... De nada ha de servirte el lloriqueo...
Qué trabajo te cuesta?... Que no comes... Mira que cobras si te pones terco.
Sé obediente... Eso es... Aun falta uno...
¿Dices que has dado ya los doce besos? Pues guarda allí el papel en el armario, y sin mojarle mucho, en un momento pide á Rita el jabón, y la tohalla y lávate esa boca y esos dedos.

II

¡Cuánto tarda en venir ese demonio! De fijo una diablura me está urdiendo... Veinte minutos van. ¡Qué digo veinte! y también media hora, y aún no ha vuelto. Con Rita está en la huerta; de seguro... Pues por más que los dos son muy pequeños... Ah, ya viene... ¿Qué hacías, di, granuja? Muy encarnado estás y hasta te veo tan sucio como antes... y azorado... Yo he de saber, Bautista, lo que has hecho;

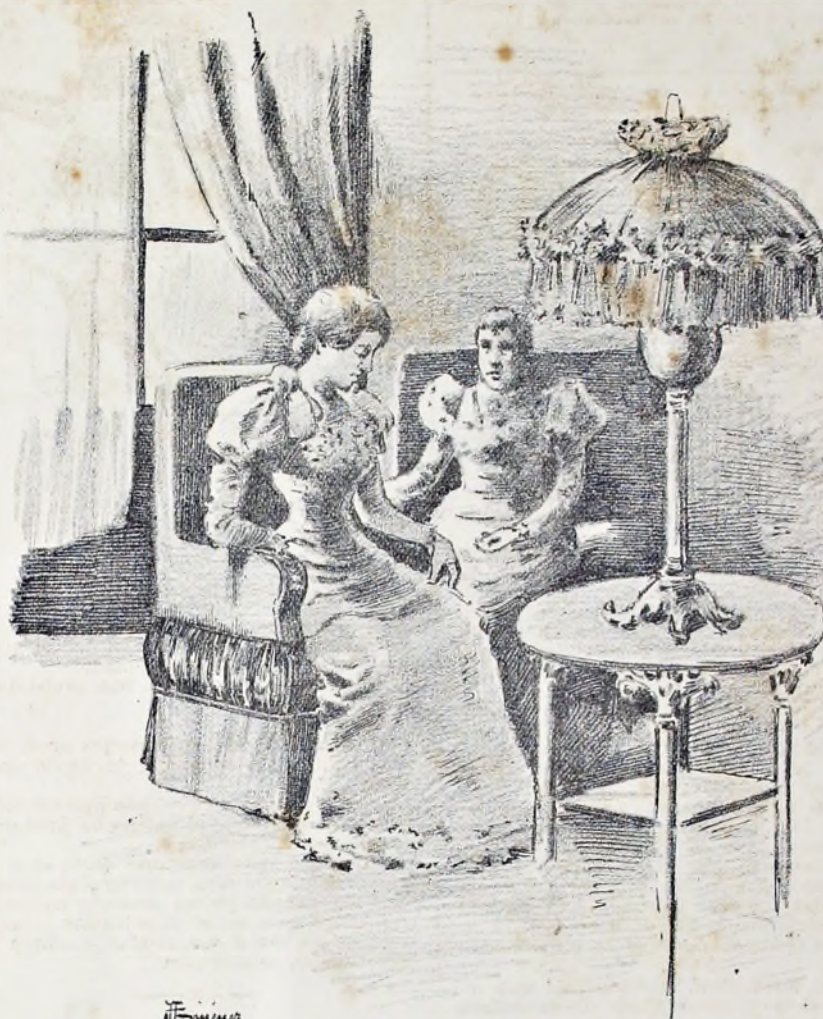
y hasta que no sepa, te suprimo el postre, los juguetes y el recreo.

III

Pon la sopa en la mesa, Guadalupe, y deja la labor; sabes que tengo que explicar como sábado gramática, y á las dos no me has dado aún el almuerzo. Vamos, Rita, á la mesa, que es muy tarde.

¿Qué te pasa mujer?... Ven un momento... ¿Te has lavado hoy la cara?... ¿Que si dices? Y ese tiznón entonces? Ah! Comprendo... ¡Mire usted los granujas! Lloro... llora... No lo puedes negar... Le has dado un beso... Tienes los labios sucios, de la tierra que llevaba en la boca el rapazuelo al mandarle besar, como castigo el empolvado y sucio pavimento.

ANTONIO SOLER.



Mira qué bonita era.....

Trigueña la color, los ojos hundidos y melancólicos, y en humilde actitud, así encontré á aquel pobre loco en el patio del manicomio.

Yo marchaba apesadumbrado ante la contemplación de tanta desdicha.

El manicomio dá frío y nos hace pensar en cosas siniestras.

Habíame referido el médico que me acompañaba las manías y rarezas de aquellos pobres hombres, privados de la razón por incomprensibles injusticias del acaso, y yo había escuchado con silencioso miedo aquel memorial interminable de infortunios.

El loco, al vernos, se echó la gorra sobre los ojos, y con voz clara y vibrante, con acentos de rabia y á la vez dulzura, entonó una copla que decía:

«Mira qué bonita era;
se parecía á la virgen
de Consolación de Útrera.»

—He aquí su manía y su estribillo, me dijo el médico.

—¿Pero toda su locura consiste en cantar? pregunté.

—No, señor; si sólo en cantar consistiera, seguramente no estaría recluido. Ahora está pacífico, pero tiene momentos en los cuales hay que apelar á la camisa de fuerza. Tiene accesos verdaderamente peligrosos, y una vez pasados se torna obediente y melancólico y vuelve á cantar su copla favorita.

—Indudablemente, dijo el doctor, debajo de esa locura debe latir un drama de amor, uno de esos dramas que tienen por epílogo la cárcel, el hospital ó la casa de los locos.

—Con respecto á este pobre muchacho, me han referido una historia que yo no sé lo que tendrá de real; pero tal como me la contaron voy á referírsela á usted. Pero mucho mejor es que la oiga usted de boca del interesado.

—Ven acá, Carrito, dijo el doctor, y cuéntale á este caballero todo lo que te pasa.

El loco vino hacia el lugar donde nosotros estábamos, y sin necesidad de una nueva invitación comenzó diciéndonos:

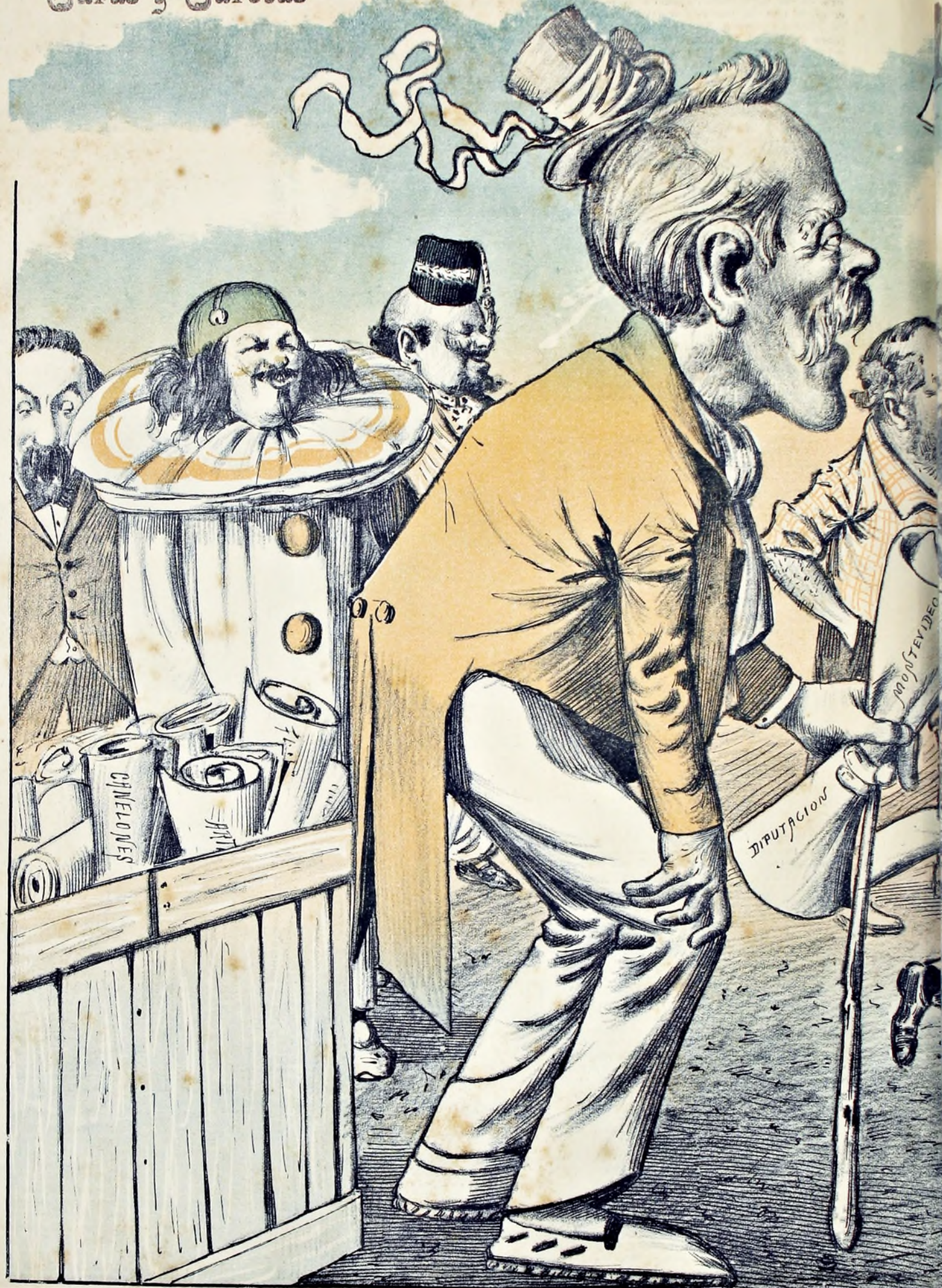
Pues mire usted. Yo la quería... la quería más que á las niñas de mis ojos. ¡Tanto como á mi madre! Comprenderá usted que antes estaba más loco de lo que estoy ahora. Ella que no había conocido á ningún hombre más que á mí, se emperro conmigo y me dió su cariño sin regateos, como saben darlo los que tienen el alma mu grande. ¡Parece mentira que aquellos ojos, más bonitos que el cielo, porque eran más azules y decían más cosas, fueran luego tan embusteros y tan falsos!

Aquí el loco hizo una pausa, miró al espacio como si creyera ver algo en el aire, y después de un momento continuó.

—Mire usted, si me hubieran dicho que mi madre era capaz de degollarme; si me hubieran dicho que yo era un ladrón; si me hubieran dicho... ¡qué se yol... pues *tó, tó* lo hubiera creído menos que se me iba á ecapar mi *Trini*. Se escapó, y ya... ¡qué más quiere usted que le cuente! Que me volvi loco, que me trajeron aquí y que estoy desconsolao pa mientras viva. ¡Quiera nuestro Padre Nazareno darme una buena hora y que se acaben pronto *toas las fatigas* que estoy pasando!

Cuando dijo esto, comenzó á llorar como un niño; después se enjugó las lágrimas, y riendo como iluminado entonó su copla favorita de:

«Mira que bonita era....»



LA MARCHANTA



—Placer
Oh Juan
viendo,
tantos
Dioses es
de ahora tienes,
los vintenes,
a tus piés!

Wm. L. ...

Después se despidió de nosotros, pidiéndonos mil perdones por si había faltado, según dijo.

El médico terminó la historia diciéndome:

—Este muchacho estaba enamorado de esa Trini que él dice; pero es el caso, según he oído referir, que en la casa de la joven faltaron los recursos, y como el hambre es muy mala consejera, la mujer, que era muy hermosa, creyó conveniente no hacer más idilios y dedicarse á cosa más práctica. Un escultor eminente llegado á Utrera tenía el encargo de hacer una virgen. Ningún modelo más á propósito que la novia de ese pobre loco. Cumplió el escultor su encargo, y partió de Utrera en compañía de la hermosísima andaluza. Este muchacho lloró y pateó; quiso darse un tiro. Por último, quiso encomendarse á la Virgen; entró en la iglesia, y dicen que al ver la imagen tal espanto se apoderó de él, que cayó inerte al suelo. Había creído ver en el rostro de la imagen la cara de Trini. Desde entonces le trajeron aquí, y aquí está.

Me conmovió el interesante relato del médico.

—Vamos, le dije; y antes de salir me fijé en el pobre loco.

Comenzaba á anochecer, y el mozo, medio oculto en las sombras de un ángulo del patio, volvió á cantar con voz clara y vibrante.

«Mira qué bonita era;
se parecía á la virgen
de Consolación de Utrera.»

MANUEL PASO.

EPIGRAMAS

—Hace un calor sin igual;
¡qué sudar! vivo abrasado.
—Si parece que ha llegado
la liquidación social.

Cayeron en una tina
llena de resina, dos,
y se llevaron en los
trajes, bastante resina.
Cuando de allí les sacaron
intentaron pelear;
los quisieron separar,
pero los dos se pegaron.

JOSÉ MARÍA SOLÍS Y MONTORO



DE TABOADA

El café de D. Baldomero

Pero señor, ¿qué necesidad tiene D. Baldomero de convidar á nadie?

—¿Por qué habrá estado cinco ó seis meses seguidos invitándome á tomar café en su casa?

—Muchas gracias, D. Baldomero; ya iré cualquier día, contestaba yo.

—¿Cuándo?

—Cuando salga de estos asuntos que ahora me traen ocupadísimo.

—¿Qué asuntos?

—Se me casa un amigo, y todas las tardes viene á verme al café para que le explique las interioridades de la vida conyugal. Aparte de esto, estoy curándome el hígado.

—¿Lo tiene usted malo?

—Sí, señor, y el médico dice que no lo abandono; todas las mañanas me lo toco por fuera, y después me lo froto para suavizarlo.

—Bueno, pues cuando usted pueda, se viene á casa á tomar café.

Tanto insistió D. Baldomero, que allá fui una noche después de comer.

La familia de D. Baldomero se dedicaba en aquel preciso instante á mojar pan en el caldo de la ensalada.

—¡Hombre, por fin! ¡Cuánto me alegro! exclamó mi amigo al verme entrar en el comedor. Aquí tiene usted una silla. Deje usted el hongo encima de este plato, que está sucio y no importa. . . . Tengo el gusto de presentar á mi familia: mi señora, que por cierto está delicada estos días á causa de una cuestión que tuvo con la portera. ¿Quiere usted



creer que la mordió? Gertrudis, enseñale el brazo para que te vea el mordisco. (La aludida me enseñó el brazo hasta el codo.) Esta es mi hija, que ha cumplido catorce años y ya está aprendiendo el solfeo. A mi cuñada no la puede usted ver hoy, porque come fuera con un canónigo tío suyo. . . . Con que, le agradezco á usted mucho la visita. . . Gertrudis, manda por café; que sea bueno.

—¿Cuánto traen? preguntó la señora.



—Un cuarterón. . . y que la chica se ponga á calentar agua, y á ver si encuentras un paño fino, cuanto más usado mejor, para colar el café. . . ¡Vaya, vaya con don Luis! . . . Pues aquí tiene usted una familia que no gasta ceremonias. Como nos vé usted hoy, nos verá usted siempre. A ésta la he metido en mis costumbres, y á todos mis conocimientos los quiere como á mí mismo. ¿Has mandado por café, Gertrudis? ¿Has dicho que se lo dieran del mejor? A ésta el café le gusta muchísimo, y lo tomamos muchas veces, sobre todo cuando viene alguien como usted. . . Gertrudis, cántale á este caballero la lección quinta de Esclava. ¿La conoce usted? Es preciosa; canta, Gertrudis.

La chica comenzó á solfear, marcando el compás con un cuchillo lleno de salsa.

Doña Gertrudis fue á la cocina, porque ya había regresado la doméstica con el café, y volvió al poco rato con un puchero donde cocía el agua á borbotones.

—¿Está bien caliente? preguntó don Baldomero.

—Sí, dijo doña Gertrudis colocando el puchero en mitad de la mesa.



—¿Y el trapo?

—Aquí está.

—Pues ya sabes; echas el café en el puchero, después lo tapas, y en seguida lo cueles por el trapito. . . . Verá usted, verá usted, dijo dirigiéndose á mí, qué café tan rico tomamos en esta casa. Yo lo hago á estilo de mi pueblo, Cabeza de Vaca, que es uno de los sitios en que se toma mejor café. . . . Doña Gerarudis llamó á la doméstica.

—Trae tazas, la dijo.

—¿Cuántos son ustedes? preguntó la criada.

—Cuatro.

—Pues no hay más que tres.

—No importa. Yo lo tomaré en un vaso.

—Se va á romper con el calor, objetó don Baldomero.

—Pues entonces lo tomaré en el mismo azucarero. A mí me echaron café en una de las tazas, que era amarilla con cenefa azul y estaba algo desportillada; en otra con ribete colorado se sirvió D. Baldomero el humeante líquido, y Gertrudis se apropió de la tercera taza, de color indefinido.

—¿Y el azúcar? gritó D. Baldomero.

—No hay, dijo la esposa.

—Que vaya corriendo la chica á buscarle.

—¿Cuánto traigo? preguntó ésta.



—Un cuarterón.

Mientras regreaba la doméstica, don Baldomero no hacía más que decir:

—¡Vaya un aromal! ¿Eh? ¡Qué rico!

Regresó al fin la criada trayendo el azúcar, que era moreno subido, y yo me puse un poco en mi taza y otro poco don Baldomero y su niña. Doña Gertrudis volcó en el azucarero todo el café que quedaba en la vasija, y exclamó con entusiasmo:

—Yo soy loca por el café, y aquí, aunque nos esté mal el decirlo, lo hacemos divinamente, y con cho esmero y mucha limpieza. ¿Ve usted este trapo que ha servido de colador? Pues es de una camisa de Baldomero. ¡No vaya usted á creer que para estas cosas usamos trapos ajenos! Yo iba á llevarme á los labios la taza y me quedé frío. . . .

—¿No toma usted café? preguntóme la señora.

Y yo, sin contestar, lo que tomé fué la puerta.



La gracia ajena

En el pecado la penitencia, por Cillo



Con bastante concurrencia se efectuó el pasado domingo la fiesta hípica anunciada por el Jockey Club.

Numerosas familias ocupaban los palcos, dando con su presencia mayor realce á la fiesta, que resultó de las más hermosas dadas por el Jockey Club en el corriente año.

Las carreras fueron muy reñidas y emocionantes, pues hubo desde puestas, hasta ganadas al freno, y por varios cuerpos.

El próximo domingo se correrá el premio clásico «Montevideo», sobre 3000 metros, en el cual se hallan inscriptos entre otros, los siguientes campeones: Madrigal, Vesubio, Tina, Caramurú, Sapho, Jonathan, Triunfo, La Política, Olimar, Otelo, Coquimbo, Meduza, Lebré y Lucrecio.

Como se vé, el susodicho premio será de lo más interesante si se tienen en cuenta las excelentes cualidades de cada uno de los campeones anotados.

Veo lector que me estiendo demasiado cuando solamente me queda espacio para dar á conocer la colocación que obtuvieron mis pronósticos en la reunión pasada que fué la siguiente:

- 1.ª carrera 1.º con Olimar.
- 2.ª » 2.º con Rastreador.
- 3.ª » 1.º con Artois.
- 4.ª » 1.º con Vesubio.
- 5.ª » No placé.
- 6.ª » 2.º con Alaska y 3.º con Zig Zag.

ZAPICAN II.

GRAJEAS

Pones flores en tu pecho para que sepa la gente que llevas un muerto dentro.



Publicó un libro Semprún de vasta filosofía al que por título había puesto: *El sentido común*.

Tuvo gran aceptación sin tener de bueno nada, y á poco, vióse agotada casi toda la edición.

Y al ensalzarlo dijo un periódico descarado: —«Al autor se le ha agotado todo el sentido común.»



Tiró Juan por el balcón á su esposa doña Cármen y como su esposa es cana... pues echó una cana al aire.



Tu abanico es conocido; asombra por su grandeza y ya tanto te ha servido que ¡la verdad! te ha metido mucho viento en la cabeza.



¡Mi último lienzo he vendido! me dijo el pintor Miró, y al preguntar: «¿Cuál ha sido?» «El del catre» contestó.



Tiene una voz don Narciso el que vive en la buhardilla que según dice Tomillo se eleva hasta el quinto piso.

VISITES



—¿Vive aquí don Bonifacio Redondo?
—Sí señor, pero no hay nadie en casa.



—¿Han almorzado ustedes ya? ¿No? ¡Pues me convidó!
—Advierto á V. que nosotros no pensamos almorzar hasta la semana que viene.



—Pues yo vengo en primer lugar á hacer efectivo el pagaré que venció en fin de Octubre y en segundo lugar...
—¡Basta! no podemos pasar adelante.

APELLIDOS CONOCIDOS
EN SÍMBOLOS COMPRIMIDOS

(Para tarjetas de visita económicas)



PENA

EPIGRAMAS

Está fiaco porque lleva diez y seis años cesante, y dice no ve al Ministro porque le tiemblan las carnes.

◆◆

Su fortuna no soporta tanto gasto como tiene no sólo debe bastante: gasta más de lo que debe.

◆◆

Una mujer muy chismosa usa camisas tan largas que á veces suele meterse en camisas de once varas

◆◆

A la carpintera Lola tener manchas le disgusta, por esa razón le asusta llevar en los trajes, cola.

◆◆

En la fábrica de sillas hay empleado un mozo, que lleva todos los libros y hace todos los asientos.

◆◆

—¿Y tu hijo, qué es de él?
¿Le tienes ya colocado?
—Está en el Banco, empleado, haciendo muy buen papel.

◆◆

—Modelaste en esa pieza sólo la espalda y el pecho, es decir, que lo que has hecho ni tiene pies ni cabeza.

Nita

I

—«¿Estás decidida Nita?»

«Sí, mamá.»

—«¿No quieres escucharme y guiarte de mi consejo? No quieres renunciar á esa locura?»

Con un movimiento espontáneo Nita agarró y estrechó las manos de su madre.

—«¡Mamá! No me pidas que renuncie á la felicidad de mi vida. Horacio será tal vez lo que tú dices, pero lo quiero tanto! Todos mis sueños, desde que me acuerdo haber soñado, han sido con él, siempre. Si tú supieras que mal me haces oponiéndote así, yo que no quisiera nunca disgustarte... Déjame, te lo pido, ser feliz. En el mundo para mí no hay otro hombre. Dices que me hará desgraciada, no creas; queriéndolo como lo quiero tengo que ser feliz con él.»

«¡Ah!» agregó después de un silencio, «si pudiera hacértelo conocer como yo lo conosco! Eso que tu llamas exageración, superficialidad, es entusiasmo por todo lo que es bello, grande, noble que hace vibrar su alma y estalla en frases llenas de emoción. Tu lo oyes ya prevenida y no puedes, no quieres comprenderlo. Si pudieras oír sus proyectos, sus esperanzas para el porvenir, verías cuánto cariño, cuánta ternura encierra su corazón.»

La señora de Nadal miró á Nita y suspiró.— «¡Pobrecita!» dijo. «Eres tú que tienes el corazón lleno de ternura y de cariño. Eres tú que le amas y le prestas tu entusiasmo, tu emoción. Yo no soy injusta. Reconozco que hasta ahora no tengo cargo que hacerle á Horacio, pero que quieres, no le tengo fé. Mira lo que ha hecho con esa inteligencia despejada que tiene. Entró á estudiar derecho; asombró á todos con la brillantez de sus estudios, y conquistó irresistiblemente la aprobación unánime de sus examinadores. Esto duró tres años. Al entrar en cuarto año, descuidó sus estudios, y como no pudo ser aprobado, abandonó disgustado su carrera y se dedicó á la poesía. Escribió versos, muy bonitos, no lo niego, pero eso también acabó por fastidiarlo, y la emprendió con la prosa, no escrita, sino hablada. Y habló, habló en todas partes, en conferencias, en reuniones, hasta en sus visitas, y se hizo un nombre como chispeante improvisador, pero acabó por caer en la banalidad de repetirse. Y ahora ¿quieres decirme á qué se dedica?»

Y como Nita callaba, continuó: «Yo no niego que tenga buen corazón y que te quiera. Pero es tan veleidoso en sus opiniones que no pueden dejar de serlo en sus sentimientos. Defiende hoy un ideal, una creencia, un principio, con un entusiasmo irresistible; ponderará mañana lo contrario con el mismo entusiasmo, sin fijar su espíritu en nada definitivo, sin asignarse un trabajo, una ocupación...» —«¡Ese es el gran defecto!» exclamó Nita, «que no trabaja. Como si tuviera necesidad.»

—«¡Ese es el gran defecto!» exclamó Nita, «que no trabaja. Como si tuviera necesidad.»

La señora de Nadal miró á su hija con tristeza. —«Está bien», dijo. «Veo que es inútil. No quieres ver. Tú me dices que estoy prevenida. Ah, hijita, la prevenida eres tú. Ves á Horacio á través del prisma de tu cariño y no puedes juzgarlo. Pero ya que tú lo quieres, no me opongo más; te dejo libre. Tienes 21 años, sabes lo que haces. Te he comunicado mis desconfianzas, las crees infundadas; pues bien, sea: haz tu gusto y sé feliz. Mi mayor deseo es que tengas razón de que yo me equivoque.»

Nita dejó caer las manos de su madre y la miró suplicante.

En ese momento entró un sirviente anunciando: «Está don Daniel.»

La señora de Nadal besó rápidamente á su hija y se dirigió á la sala.

Anita, ó más bien Nita, como la llamaban todos, siguióla con la vista, y luego, tristemente, se acercó á la ventana.

La lluvia caía, despacio, sin interrupción. El cielo uniformemente gris, parecía casi al alcance de la mano. El agua chorreaba por todos; las calles estaban anegadas, las veredas brillosas; de los balcones caían hilos de agua que formaban pequeños charcos en las aceras. Los raros transeúntes andaban á saltos, evitándolos; unos apurados, con el cuello del sebreto levantado, las manos en los bolsillos, la cabeza hundida entre los hombros, sin paraguas, caminando junto á las paredes. Otros con el paraguas pegado al pescuezo, más despacio, deteniéndose antes de aventurarse á cruzar la calle anegada. Uno que otro chispeante, sin cuidarse de la lluvia, chapaleaba con sus pies descalzos en el agua con evidente satisfacción.

Nita miraba sin ver. La tristeza del cielo gris reflejaba la de su alma. Este consentimiento de la madre le dolía más que una abierta oposición. Su fé en Horacio no vacilaba, no. Su Horacio tan noble, tan entusiasta, que lo quería tanto. Y sufría al ver á su madre desconfiada y prevenida, desconocer el carácter del hombre que amaba. Ni un momento flaqueó su lealtad; pertenecía á la raza de las mujeres constantes á pesar de todo y de todos. Era suave y obediente, pero poseía un fondo de tenacidad y perseverancia que constituía un arma formidable, y á la larga triunfaba de todos los obstáculos. Acababa de vencer la oposición de su madre á su matrimonio con Horacio, pero la victoria le había costado, y apoyada la frente en el vidrio de la venta-

na, contaba tristemente las esperanzas muertas á las ilusiones heridas, mientras afuera la lluvia caía, caía sin cesar, con tristísimo ruido monótono y adormecedor.

II

Daniel Arraga era un buen mozo de unos 30 años, alto, erguido, su semblante franco y simpático, denotaba la altura de su carácter y la nobleza de su corazón. Huérfano, había crecido en casa de la señora de Nadal, cuyo marido era tutor del niño y ambos esposos le habían cobrado tanto cariño como si hubiese sido su hijo. Había nacido en Buenos Aires, y hacían tres años que se había establecido en esa capital, obligado á administrar bieques de fortuna. Pero este alejamiento de Montevideo no era definitivo, pues contaba volver, después de desligarse de los asuntos que necesitaban su presencia en el extranjero, como decía él, y establecerse definitivamente al lado de su madre adoptiva.

Este alejamiento tuvo para él graves consecuencias. Empezó por notar con estupor el cambio que se verificaba en Nita. La dejaba aún niña, y á cada viaje que hacía la encontraba más mujer. Esa transformación era más evidente para él que no la veía por meses enteros; y cuando llegaba después de una ausencia prolongada, entraba á la casa palpándole el corazón, contemplando emocionado á Nita, cada día más linda, más encantadora. Y todo su corazón de hombre fuerte y bueno fué hacia ella, arrastrado por un amor profundo y vehemente que lo hacía temblar como un niño, toda vez que Nita, viendo siempre en él á su hermano Daniel, se apoyaba en su brazo ó le estrechaba la mano.

Pero sucedió que mientras Daniel allí en Buenos Aires se entregaba á sus sueños de ventura, viéndose ya esposo de Nita, seguro del consentimiento de la señora de Nadal, Nita conoció á Horacio Conde, radiante de vida é inteligencia, con su hermosa cabeza de frente genial, que la miró con sus ardorosos ojos de poeta, y encantó sus oídos con sus palabras llenas de la pasión irresistible que le inspiró Nita desde el día que la vio por vez primera. Y ella con ese fondo latente de poesía que llevaba en el alma, escuchó hechizada el canto de la sirena, que la estremecía toda con sus armonías celestes, y la llevaba allá, muy lejos, muy alto, en alas de la pasión al palacio encantado del Amor.

Y cuando Daniel, rebozando el corazón de ternura, quiso contar á Nita la eterna historia siempre nueva, se encontró con que llegaba tarde: ese corazón, tesoro que deseaba tanto, era de otro. Irremisiblemente Daniel era hombre valiente, recibió el golpe sin inmutarse. Amortajó en el fondo de su alma su pobre amor, y se esforzó por volver á su rol de hermano. Consiguio aparentarlo, pero á costa de cuanto sufrimiento! ¡Que desesperación padeció viendo á Nita y Horacio, enamorados y egoístas, unir sus almas en una mirada larguísima, sin necesidad de palabras para comunicarse el estremecimiento de las fibras de su sér! ¡Que angustia le causaba al ver como se aislaban del resto de los mortales, llenando á ellos solos el mundo encantado en que vivían en éxtasis, llenos de deliciosas niñerías!

Y el dolor de tener que abogar por Nita con la señora de Nadal que no se decidía á consentir en el matrimonio! El pobre Daniel conoció todas las amarguras, y bebió el cáliz hasta las heces. Sufrió, desesperado, rugió en su dolor y lloró Lágrimas amargas, lágrimas del hombre fuerte quebrado por el Destino.

Se alejó cuanto pudo, pretestó asuntos que le retenían por más tiempo en Buenos Aires, y luchó desesperadamente por esconder su dolor. Y cuando llegó por fin como llega todo, bueno ó malo, el día tan ansiado por Nita y Horacio. Daniel, con la muerte en el alma, al ofrecer sus felicitaciones á los novios, consiguió sonreír.

III

Sentada al lado del fuego, la cabeza inclinada sobre su trabajo, está Nita cosiendo silenciosa. La luz de una lámpara dá de lleno sobre su cabeza iluminándole el rostro con su luz amarillenta. La frente blanca y tersa, los grandes ojos oscuros mirando hacia abajo, sombreados por largas pestañas, la boca de labios finos de un dibujo ideal, la barba algo levantada rematando el óvalo perfecto del rostro, todo su semblante denota una preocupación llena de inquietudes. Viste de luto.

En los pocos meses que cuenta de casada ha tocado los extremos de la dicha más perfecta y del dolor más acerbo.

Los primeros meses de su matrimonio fueron un encanto indecible. Arrastrada por la pasión de Horacio que la adoraba con frenesí, vivía como en un sueño, lleno de éxtasis delirante, vibrante de pasión y de ternura infinita.

(Continuará.)